

HARO TEGLEN

OTRA ASAMBLEA GENERAL

El tercer jueves de septiembre se reúne, cada año preceptivamente, la Asamblea General de las Naciones Unidas. La fecha suele dar lugar a unos comentarios, a unas reflexiones otoñales, naturalmente pesimistas. Este ejercicio es prácticamente inevitable. La ONU, según su carta fundacional, debía «salvar a las generaciones venideras de la plaga de la guerra», y no parece que lo esté consiguiendo. Este «no parece» es una mera concesión a una escuela optimista que, basada en la ucronía, calcula que de no haber existido las Naciones Unidas se hubiesen producido mayor número de conflictos armados, quizá una guerra mayor. No hay ninguna prueba de ello. Con la misma irresponsabilidad se puede pensar lo contrario: que, de no haberse fundado jamás la ONU, se habrían evitado algunos conflictos que se han producido con ella. Especulaciones inútiles. Sabemos, simplemente, lo que la ONU se propuso hace casi un cuarto de siglo. Quiso acabar con «la plaga de las guerras» y quiso «reafirmar la fe en los derechos humanos fundamentales, en la dignidad y la valía de la persona humana, en la igualdad de derechos entre hombre y mujer, entre naciones grandes y pequeñas; establecer condiciones bajo las cuales la justicia y el respeto por las obligaciones de los tratados y otras fuentes de la ley internacional puedan prevalecer; emplear la maquinaria internacional para la promoción del avance social y económico de todos los pueblos». Sabiendo eso, la contemplación del mundo de hoy sólo puede prestarse a reflexiones amargas. Son demasiado fáciles para recordarlas o recalcarlas. El secretario general, U Thant, hablando en el acto de la entrega de las becas Hammerskjöld, ha subrayado la incompatibilidad de los tres conflictos más visibles del mundo: el de Oriente Medio, el del Vietnam y el de Nigeria con la Carta. Y ha hecho notar que ha observado que «en cuanto un país encuentra implicados sus intereses nacionales, olvida sus obligaciones para con la Carta». La realidad es algo más grave. Cada país suele creer que es la Carta la que tiene la obligación de ponerse al servicio de sus intereses nacionales.

La Asamblea General es un parlamento esencialmente. Los tiempos son malos para los parlamentos en todo el mundo. Pocos países, por no decir ninguno, carecen hoy de parlamento bajo cualquiera de sus nombres. En la inmensa mayoría son un lujo, una concesión. Es difícil encontrar hoy un régimen parlamentario puro. Los parlamentos están depreciados, están desprestigiados. En un principio fueron los grupos populares los que atacaron a los parlamentos, constituidos de tal forma que sólo podían obtener representación las clases poderosas. Cuando, finalmente, las clases populares consiguieron integrarse en los parlamentos por medio de la laboriosa y lenta extensión del sufragio universal, fueron, y son aún, las clases poderosas las que comenzaron a recortar, a modificar, a menguar los poderes de los parlamentos. Aun así, constreñidos y limitados, formados por leyes electorales astutas y delicadas, que dan sensación de mayoría popular donde realmente no la hay, pueden siempre ser suspendidos y disueltos: rara es la Constitución que no lo permite, raro es el país donde esto no ha ocurrido en el último cuarto de siglo. Siendo la Asamblea General un parlamento más, donde cada nación, grande o pequeña, está representada por un voto del mismo valor cualitativo, y donde las decisiones se toman por una mayoría de dos tercios cuando se trata de una «cuestión importante» y por mayoría relativa en los demás casos, está sufriendo, inevitablemente, del desprestigio general de todos los parlamentos. El problema principal consiste en la falta de independencia real de las naciones que integran la Asamblea. Como en cualquier otro parlamento nacional, en este internacional el peso de los «lobbies» o de los grupos de presión es fundamental. Pero no es este el único problema. Uno de los más visibles es el de la falta de internacionalismo, de espíritu mundial de los mandatarios de las naciones. Todos los discursos, todas las intervenciones, todos los votos recubren de vocabulario internacionalista abstracto lo que en el fondo no son más que intereses nacionales. Se venden temas. Se intercambian votos. Un país no vacilará en dar su voto en un sentido determinado sobre una cuestión que no le atañe a condición de que aquellos

Dentro de la reforma de la ONU, que con frecuencia se plantea, se habla de la anulación del derecho de veto de los grandes en el Consejo de Seguridad (en la foto, reunión de dicho organismo con motivo del conflicto árabe-israelí).



otros favorecidos voten luego en su favor en otra cuestión que le afecte. Esta maraña de intereses cruzados indirectos puede llegar a ser terrible y consigue deshacer totalmente la conciencia fundacional.

Probablemente no paso de los tópicos, de realidades conocidas, pero creo que es necesario recordarlo ahora, en el momento en que una serie de discursos, de esbozos de temas y quizá de votos sobre cuestiones importantes se va a desarrollar. Parece ser que el primer gran orador ha de ser Nixon, a quien se atribuye la intención de hacer un discurso pacifista. Tiene una gran fuerza verbal para hacerlo. Nixon centró toda su campaña electoral en los temas de política extranjera, en el anuncio de que comenzaba la «era de la negociación», advirtió su propósito de reforzar el poder de la ONU y sus planes para terminar rápidamente con la guerra del Vietnam. Ninguno de estos propósitos ha tenido éxito en los diez primeros meses de su gobierno. Los aviones de bombardeo «B-52» han vuelto a actuar en el Vietnam, incluso doce horas después de la iniciación de la tregua por la muerte de Ho Chi Minh. El fuego en los frentes de Oriente Medio se ha hecho diario. Y si Nixon, como se supone, va a vender a la ONU la decisión de retirar soldados no ya del Vietnam, sino de las bases establecidas por el mundo, será difícil olvidar que esta retrada, si se llega a producir —y no está claro aún que el Pentágono comparta este deseo de Nixon y sus asesores—, es un movimiento económico y estratégico que debería permitir el ahorro de diez mil millones de dólares y que esta cantidad debe estar destinada a sufragar parte de los enormes gastos propuestos por el propio Presidente para la construcción de la red de cohetes «ABM» y para la construcción de proyectiles de cabeza múltiple, temas que comúnmente se consideran como peñaños importantes en la escalada frente a los dos enemigos designados, frente a la URSS y frente a China. En cuanto a los propósitos negociadores de Nixon con estos dos países, repetidamente anunciados durante su campaña electoral y aún posteriormente, no se han cumplido. No ha habido viaje a Moscú —hubo el espectacular viaje a Rumania, que muy bien puede tener un sentido contrario— y las conversaciones con China no se han profundizado, sino más bien al contrario. No parece que sea tampoco este año el designado para que China entre en la ONU y ese es uno de los más graves fallos de la Asamblea General. Sea cual sea la calificación negativa que pueda merecer China desde los distintos sectores hostiles, desde la que se contempla su desarrollo, negar la existencia real del gobierno que acumula algo más de una quinta parte de la población mundial es algo que carece de todo sentido realista.

¿Cabría una reforma de la ONU, una modificación de los estatutos de la Asamblea General y de los organismos derivados de ella? Es una cuestión que se plantea con bastante frecuencia. Se ha hablado de la posibilidad de que los votos sean cuantitativos —es decir, que cada país disponga de un número de votos proporcional al de sus habitantes—, lo cual no haría más que acentuar la capacidad de presión de los «grandes» y alejar —por miedo a su masa— la participación de China. Se ha propuesto un secretariado formado en partes iguales por miembros de los tres bloques —este, oeste, neutralistas—, lo cual ocasionaría dificultades por el carácter transitivo de muchas naciones. Se ha intentado la anulación del derecho de veto de los «grandes» en el Consejo de Seguridad, a lo cual, naturalmente, se oponen estos privilegiados —a pesar de que Francia, Gran Bretaña y la China Insular carecen hoy de cualquier grandeza real—; se ha propuesto sacar a la ONU de su residencia en los Estados Unidos, la cual la hace vulnerable a la presión de un país con vocación hegemónica, pero los presupuestos para esta operación —y la dificultad de encontrar un lugar adecuado— la hacen imposible. Cualquiera de estas reformas, o de las otras muchas que se han propuesto, sería inoperante. El problema esencial está en que la Organización de las Naciones Unidas se fundó para conseguir unos objetivos que más arriba quedan enumerados, pero la realidad es que sólo pueda funcionar eficazmente después de que estos objetivos hayan sido alcanzados, y no tiene fuerza para conseguirlos. Es un círculo vicioso al que no se le ve salida.

Francia

EL PRIMER OTOÑO DE POMPIDOU



Pompidou entre Willy Brandt, Kurt Kiesinger y Gustav Heinemann, durante la entrevista celebrada en Bonn.

Elegido Presidente en vísperas del verano, Georges Pompidou ha gozado de una tregua estival que le ha permitido dar una sensación de gobierno fácil y desmentir la frase tan amada del General de Gaulle, «yo o el caos» —desmentida ya por acontecimientos pasados, porque De Gaulle tuvo que presidir dos importantes situaciones de caos: las erupciones de la OAS y la revolución de mayo de 1968—; ahora se le están acumulando las dificultades típicas de «la rentrée», del regreso en masa a las fábricas, cerradas durante el mes de agosto; a los hogares abandonados por las vacaciones, en los que las amas de casa se encuentran con una cocina más difícil de abastecer por el alza de los precios; a los cursos escolares donde la «contestation» se perpetúa, y, en fin, a la Asamblea Nacional, donde si bien el partido gubernamental tiene una mayoría cómoda, las voces de la oposición son fuertes y numerosas. La serie de huelgas, iniciada con la de ferrocarriles —que paraliza prácticamente todo el tráfico en el país—, se va extendiendo a otros sectores. Se piden alzas de salarios para hacer frente a la carestía. Concedidas, destrozarían rápidamente los supuestos beneficios de la devaluación del franco. Negadas, inflamarían más a la enorme masa de los descontentos. Las huelgas adquieren carácter político. Georges Seguy, secretario general de la CGT, que tiene

que hacer un esfuerzo para recuperar el terreno perdido por la ambigüedad de su actuación en mayo de 1968, no ha tenido inconveniente en amenazar directamente al Presidente Pompidou, profetizando que no podrá cumplir en el poder los siete años previstos por la Constitución. El peligro mayor que amenaza en estos momentos al régimen es el de una reacción en cadena que tuviese un camino inverso a la de mayo: si entonces desencadenaron la protesta los estudiantes y la continuaron a última hora, y con el descontento de los sindicatos, los obreros, esta vez los estudiantes podrían sumarse a la acción proletaria y crear una situación notablemente incómoda para el gobierno. Es un fenómeno notablemente interesante las protestas de las clases medias, hasta ahora neutrales, que protestan exactamente por lo contrario que los obreros, es decir, por lo que consideran excesivo control de los precios ejercido por el gobierno. Este movimiento se centra en torno a Alain Poher, el que fue candidato centralista a la presidencia, derrotado por Pompidou. El desafío al poder procede de varios sectores. La situación es muy delicada y no es de las que se resuelven con palabras y programas, sino con medidas económicas inmediatas y eficaces, o bien con un recurso a la fuerza, que produciría un enfrentamiento de consecuencias probablemente muy grave.

U. R. S. S.-China

LAS CUATRO HORAS DE PEKIN

Cuando Kosiguin fue a Hanoi para asistir al entierro de Ho Chi Minh, evitó la escala en China. Al regresar, se detuvo en el aeropuerto de Pekín donde le esperaba Chu En-Lai, y mantuvo con él una conversación de cuatro horas. En las medidas diplomáticas del tiempo, cuatro horas es una duración excepcional para una entrevista de alto nivel. Todas las especulaciones

que se hagan en torno a esta entrevista son inútiles. Se sabe que el contencioso entre los dos países es grande y antiguo, abarca desde problemas ideológicos sobre interpretación del marxismo a problemas fronterizos armados de alguna gravedad; la hostilidad ha pasado a movimientos de masas y no se excluye la posibilidad de un conflicto militar. Los dos pri-